

EL LEÓN DE DAMASCO  
EMILIO SALGARI

# EL LEÓN DE DAMASCO

EMILIO  
SALGARI

***Titulo original: IL EMILIO SALGARI***

Nació en Verona Italia, 1862, dotado de una gran imaginación y de carácter un tanto solitario. Abandonó los estudios para matricularse en 1879 en el Instituto Náutico Paolo Sarpi para capitanes, en Venecia. A causa de un fracaso amoroso regresó a Verona. Durante algún tiempo se desempeñó como periodista y, en 1892, contrajo matrimonio con la actriz Aida Peruzzi, con quien decidió radicarse en Piamonte. A pesar de haber escrito un total de ciento cinco novelas de gran éxito en su juventud, debió pasar hasta el fin de sus días por dolorosas privaciones económicas. Algunas de sus obras son *El Corsario Negro*, *La Reina del Caribe* y *Sandokán*. En 1911, con cuatro hijos, su mujer interna en un hospital, y sin poder superar su precaria situación económica, la desesperación lo fuerza a quitarse la vida.

## *LA SOBRINA DE ALÍ BAJÁ*

—Ahí tenéis la bandera azul de los tres leones rampantes... Allí está la galera del bajá de Damasco. ¡Izad la nuestra!... Señora, ya se aproxima el momento de la venganza.

Aquellas palabras las pronunciaba un guerrero turco de elevada estatura, membrudo y de piel bastante bronceada, quien, al parecer, acechaba desde días atrás la llegada del navío, en lo alto del imponente castillo de Hussif, sólida mole de construcción veneciana, tan maciza y fuerte que se precisaron doscientas galeras turcas para obligar a rendirse a los últimos bravos que sobrevivieron a la caída de Chipre. Frente al mar y a la tierra alzaba sus elevadísimas torres y sus espaciosas terrazas, defendidas por más de cincuenta culebrinas y de veinte bombardas, imponiendo respeto.

La voz del fuerte guerrero, tan rotunda como el mugido de un toro, se impuso por un instante al fragor de la resaca y resonó de arriba abajo de la torre.

Pasado un momento surgió una joven, que salió de una de las torres, y penetró casi a la carrera en la terraza. Era muy hermosa y tendría unos veinte años; alta, esbelta, de ojos negrísimos que resaltaban bajo largas cejas bellamente delineadas, de boca pequeña con rojos labios semejantes a cerezas maduras, y cabello larguísimo y suelto, de color ala de cuervo. En su semblante, aunque con una perfección de rasgos casi griega, había cierta dureza y energía que denotaba al momento a la mujer turca, cruel siempre, en el fondo, por haberla acostumbrado a ello los sultanes de los siglos XV y XVI.

Al estilo de las mujeres notables turcas de aquel tiempo lucía elegantes calzones de seda blanca recamados en oro, amplios y acuchillados para que pudieran verse las piernas, jubón de verde seda orlado de plata y grandes perlas, de extraordinario valor, por botones. Su cintura la ceñía una ancha faja de rojo brocado, anudada por delante con un gran lazo que le alcanzaba casi hasta los pies, calzados con escarpines de punta torcida hacia arriba y de cuero carmesí con adornos de oro.

A diferencia de las demás damas, anhelosas de joyas —que los sultanes, por aquella época victoriosos de continuo, luego de haber entrado a saco en provincias y reinos distribuían a diestro y siniestro, con la generosidad propia de los grandes ladrones, —aquella muchacha no lucía ningún adorno de este tipo ni tan siquiera en las orejas, muñecas o cuello. Por el contrario, colgaba de su faja una cimitarra cuya empuñadura y vaina estaban adornadas con zafiros y esmeraldas.

—¿Qué le ocurre a mi capitán para gritar de esa manera? —preguntó al turco, que en el extremo de la terraza y con la mano sobre los ojos a modo de pantalla parecía contemplar alguna cosa de gran interés en lo más lejano del horizonte. —¿Sabes que ya es hora del café?

—Mejor es el café que llega por el mar, señora. El bajá de Damasco ha caído finalmente en la trampa que le había preparado su tío el Gran Bajá.

El rostro de la joven manifestó una salvaje alegría y sus ojos lanzaron destellos.

—¿Lo supones así, Metiub?

—¿Acaso estoy ciego, por ventura? Alá no lo quiera. Fíjate allí: la galeota del bajá, que avanza lentamente. En su palo mayor ondea la bandera azul con los tres leones rampantes de Damasco. Fíjate, Haradja, fíjate.

La bella turca, con la agilidad de una pantera, se dirigió al instante hacia el parapeto de la terraza, en la que podían verse seis culebrinas que llevaban el sello de Venecia —el famoso León de San Marcos, —tomadas, sin duda, en Nicosia o Famagusta. Como el sol resplandecía fuertemente, a pesar de ser por la mañana, protegióse también los ojos con la mano.

Un tremendo abismo se abría a sus pies, ya que el castillo se adentraba en el mar por aquella parte no menos de cien metros. Pero permaneció impertérrita, escuchando por un instante el rumor

de la resaca, que llegaba hasta ella.

Casi ni a mil pasos de distancia una galera de unas trescientas toneladas, de buenas líneas para alcanzar gran velocidad, con dos palos provistos de enormes velas latinas y dos órdenes de remos, avanzaba con lentitud por el plácido océano, en dirección al noroeste, como si se dirigiese al archipiélago griego para anclar en la poderosa Constantinopla.

–Ocho culebrinas –enumeró el capitán, –veinte guerreros y veinte galeotes al remo. Buen manjar. ¿Qué opinas, señora?... ¿Continúa la flota del bajá vigilando la ruta del archipiélago?

Haradja había callado. Muy pálida, erguida ante el parapeto de la terraza, sobre el abismo en cuyo fondo sonaba con fuerza la resaca, pasábase con nerviosismo una mano por sus largos cabellos, como si quisiese alisárselos. Su hermosísima frente aparecía ensombrecida, como si una terrible tempestad hubiese estallado en el cerebro de aquella enigmática joven.

– ¿Me has comprendido, señora? –insistió el capitán con un gesto de impaciencia. – ¿Dejaremos huir al padre del valiente guerrero que debiera haber sido tu marido hace cuatro años?

Haradja, sin dejar de alisarse los cabellos, lanzó un suspiro.

– ¡Ah! ¡Los recuerdos de otras épocas!...

– ¿En quién estás pensando, señora? –inquirió con cierto tono irónico el turco. – ¿En el León de Damasco, o en el bello capitán que se casó con él y que, a pesar de ser mujer, me dio una magnífica estocada? Ciertamente es que aquella joven se hizo célebre en Famagusta con el nombre de capitán Tormenta.

La joven experimentó un temblor, la sangre acudió a su semblante y en sus ojos brillaban fieros destellos, igual que en los del jenízaro. Se volvió hacia el capitán y, con temblorosa voz, exclamó:

– ¿Acaso te hartas, Metiub, de contemplar las terrazas del castillo de Hussif?

El robusto turco la miró impassible y, cruzándose parsimoniosamente de brazos, respondió con sereno acento:

–Si la sobrina de Alí-Bajá desea ver a un hombre saltar en el espacio y estrellarse contra los escollos, realizando en el aire una soberbia curva, puede decirlo. Estoy presto a saltar.

Se había subido al parapeto y examinaba despectivamente los escollos en que estaba dispuesto a estrellarse a un mandato de su señora.

–A tus órdenes... ¿Qué valor tiene una vida si en Candía millares y millares de cristianos y turcos son muertos por las minas o los proyectiles, por las espadas o las cimitarras? Allí se muere alegremente en busca de las huríes del Profeta, al igual que más de cincuenta mil compatriotas.

– ¡Estás loco! –dijo Haradja, cogiéndole con fuerza por un brazo y haciéndole bajar. – ¿Está preparada mi galera?

–Hace ocho días.

– ¿Y mis armas y mi armadura?

–En la cámara de popa.

–En marcha, Metiub. Si no puedo apresar de momento al León y a su mujer, cogeré por lo menos, a su padre. El pequeño debe haber sido raptado en Venecia y tal vez se halle en poder de mi tío.

– ¡Si lo encuentras vivo!...

–Solamente tiene tres años

–Sí. Pero el bajá, en ocasiones, como entretenimiento, hace desollar vivas a las criaturas cristianas que caen en sus manos.

– ¡Silencio!... Acompáñame.

Descendieron por una larga escalera, practicada en la roca viva, y tan angosta que una

reducida hueste de hombres sería suficiente para defenderse incluso contra un pequeño ejército.

En las terrazas superiores numerosos guerreros y mujeres avizoraban el horizonte, pero no hubo nadie que se atreviera a gritar, indicando la nave del bajá de Damasco: sentían excesivo temor hacia Haradja.

Luego de haber bajado ciento sesenta escalones, el capitán y la muchacha se encontraron en la orilla de una caleta, en mitad de la cual se mecía rítmicamente una soberbia galera de casi cuatrocientas toneladas de color rojo y con un gran mascarón de proa en reluciente latón.

Portaba un par de velas latinas, únicas que se utilizaban en aquel tiempo en el Mediterráneo, pintadas también de rojo, con enormes rayas transversales azules, tres órdenes de remos y dieciséis culebrinas, todas en cubierta y emplazadas de manera que pudieran disparar en todas direcciones. La tripulación estaba formada por media docena de marineros, treinta galeotes encadenados a los bancos y cuarenta robustos guerreros turcos cubiertos de hierro y acero.

Una chalupa estaba ya aguardando a Haradja para llevarla a bordo.

– ¿Falta alguno? –inquirió el capitán, dirigiéndose a los marineros.

–Ninguno.

–Vamos.

En un instante cruzaron el minúsculo puerto, y la sobrina del bajá y su capitán de armas subieron a la galera por una simple escala de cuerda.

Los treinta guerreros, provistos de pesados arcabuces, cimitarras y yataganes, constituyeron el puente de honor de su castellana, la cual, según era su costumbre, no les dirigió ni una mirada y marchó a su cámara en tanto que el capitán de armas, tras echar una ojeada a las velas y las maniobras, dio diversas órdenes breves y tajantes.

Se elevaron las dos anclas, orientáronse las velas, y los treinta remos de los galeotes se pusieron a la tarea, acatando las secas órdenes de los maestros. La magnífica galera abandonó la caleta, pasó una escollera, en la que se había colocado una batería, y se adentró en el mar a fuerza de remos, ya que casi no soplabla viento.

La galeota del bajá de Damasco había rebasado ya el castillo de Hussif y proseguía con lentitud su rumbo, utilizando solamente los remos. Una infernal sonrisa afloró a los labios del capitán de armas.

– ¿Hacia dónde vais, desdichados? –murmuró. –Os va a resultar duro caer en manos del turco, pero eso sería lo de menos importancia... Haradja hará una de las suyas y no respetará ni siquiera al ya anciano bajá.

De esta manera hablaba consigo mismo, sentado a horcajadas en una culebrina de considerable calibre, fundida en Constantinopla, cuando se unió a él la joven, cubierta totalmente de acero y luciendo en la cabeza un relumbrante yelmo ornado con un penacho de plumas de avestruz. La coraza estaba finamente cincelada, al igual que los brazales, quijotes y grebas. Había cambiado la elegante cimitarra por una especie de espadón curvado, soberbia y mortífera arma de abordaje.

– ¿Se puede ya disparar, Metiub?

–Cuando deseas, señora. No nos hallamos más que a unos tres tiros de arcabuz.

–Conmina a la rendición.

–El bajá se asombrará al observar que le cañonean sus propios compatriotas.

– ¿Distingues al padre del León de Damasco sobre el puente?

–No observo en la galeota ningún anciano y empiezo a suponer que puede hallarse enfermo.

Una irónica y cruel sonrisa hizo entreabrir los hermosos y carnosos labios de Haradja. El capitán, que no dejaba de observarla, hizo un gesto con la cabeza y pensó:

« ¡Hum! No me agradaría hallarme en la piel de ese pobre bajá... Si se encontrasen en esa nave

el León de Damasco y el capitán Tormenta, la señora lo pensaría mucho antes de lanzarse al abordaje..., y yo todavía más que ella... Pero...»

– ¿Y qué? ¿Acaso requiere meditarlo? –masculló Haradja. –Creo que se pierde excesivo tiempo en mi galera.

–En seguida lo recuperaremos, señora. Aguarda un instante.

Alcanzó de un salto la escotilla central, e inclinando la cabeza exclamó con voz imperiosa:

– ¡A ver! ¡Maestres, que trabaje el látigo y que se muevan los remos! Hay prisa.

Después, en tanto que surgían quejumbrosos gritos de la parte baja de la galera, retornó hacia proa, en la que seis hombres servían la enorme culebrina fundida en Bizancio.

–Primero un tiro bajo. Si no deja de avanzar, dispararemos a la arboladura... ¡Ocho culebrinas contra dieciséis! ¡Bah! Disponemos de mucha ventaja.

El largo cañón, que medía como mínimo tres metros, vomitó su carga con gran estruendo, que se extendió por el mar, repercutiendo de vez en cuando por las pequeñas olas que la brisa del sur pretendía hinchar.

El capitán de armas de la galeota contestó haciendo subir y bajar en tres ocasiones, como saludo, la bandera del bajá de Damasco. Pero en lugar de detener la marcha de la nave ordenó forzar el remo. Haradja enarcó las cejas y sus ojos despidieron destellos.

– ¡Cómo! –exclamó. – ¿No se acatan las órdenes de una sobrina del Gran Bajá?

–Señora –adujo Metiub, –no está izada tu bandera y, por otra parte, esa galeota no es de miserables mercaderes, sino de uno de los bajás más poderosos del Asia Menor.

–Haz ondear al viento los colores de Alí.

–Huirá con mayor velocidad.

–La alcanzaremos y nos apoderaremos de ella al abordaje –repuso Haradja, muy encolerizada.

–Luego de haberla cañoneado metódicamente. De todas maneras, Si pudiese huir de nosotros sería para ir a caer entre las cincuenta galeras que tu tío puso bajo tus órdenes para que llevaras a cabo tu particular proyecto... ¡Eh! ¡Los de popa! ¡Izad la enseña del Gran Bajá!

Un momento más tarde una bandera de seda escarlata, con un par de culebrinas cruzadas en su mitad, se enarbolaba en la parte superior del palo mayor, a la vez que se disparaba un nuevo cañonazo en señal de advertencia.

Como había imaginado Metiub, los hombres de la galeota, en lugar de detenerse, aumentaron la velocidad por medio de los remos, y apuntaron las cuatro culebrinas de popa hacia la galera del Gran Bajá, como indicando que estaban decididos a oponerse a cualquier clase de ataque.

– ¿Qué te parece, señora? –arguyó Metiub, con un ligero tono de ironía en la voz. –Al parecer no produce el menor efecto la bandera de Alí Bajá en las gentes del bajá de Damasco.

–Es que las manda el padre del altivo León –repuso Haradja, rechinando los dientes. – ¡Fuego!... ¡Barre el puente de la galeota, y en cuanto los hayamos desarbolado..., al abordaje!... Hace cuatro años que estoy esperando la hora de mi venganza. Haz arder su cubierta, puesto que el bajá no asoma por ninguna parte.

– ¡Eh! ¡Bordada de proa! –ordenó el capitán de armas. –Pólvora gruesa... Hay que barrer la cubierta de la galeota.

Una veintena de hombres se lanzaron al castillo de proa, donde había colocadas seis culebrinas de diversos calibres y empezaron a cañonear la galeota, organizando un infernal estruendo.

La nave fugitiva se limitó al principio a subir y bajar la enseña del bajá, pero observando que los proyectiles no dejaban de caer y que varios de ellos se abatían sobre el puente, empezaron también a disparar, y bastante enérgicamente, con sus cuatro culebrinas de popa.

– ¡Vaya! ¡Los lobeznos de Asia! –barbotó Metiub, al escuchar el silbido de los proyectiles. –

¿Desean enseñarnos los colmillos a nosotros, los Tigres del Norte? ¡Música, artilleros!...

Y, volviéndose hacia la escotilla central, inclinó otra vez la cabeza para gritar:

– ¡Más latigazos, maestros! Es preciso alcanzar la galeota para tomarla al abordaje.

La galeota acreció su velocidad a costa de las desnudas espaldas de los galeotes, quienes aullaban de dolor. Los desdichados, encadenados a los bancos y condenados a morir a tiros o ahogados si hundían la nave, no remaban con premura, sino forzados por los golpes que se abatían sobre ellos por todas partes.

También la galeota, aunque el número de sus remeros era menor, realizaba perceptibles esfuerzos por conservar la distancia, que por desgracia disminuía paulatinamente, y respondió con vigor a los de la galera, descargando con tino sus cuatro culebrinas de popa.

Haradja, sentada en medio de la galera, entre los dos palos, contemplaba plácidamente a sus hombres, afanados en cargar y descargar los cañones. Ni un simple músculo de su rostro se alteraba y mantenía su tranquila sonrisa, a pesar de que los proyectiles silbaban a su alrededor, matando a uno u otro remero, destrozando algún remo y perforando las velas.

En dos ocasiones le aconsejó el capitán de armas que se retirara, pero la altiva sobrina del temible bajá no le contestó siquiera.

No obstante, un rumeliota y un albano se desplomaron a breves pasos de ella, segados los dos por los proyectiles de la galeota, y quedaron en la toldilla, desangrándose.

Metiub, que deseaba terminar cuanto antes y que no quería que a su señora le ocurriera nada, por temor a incurrir en el enojo del temible y despiadado bajá, estimulaba a sus artilleros y a los arcabuceros, puesto que ya ambos veleros se hallaban a una distancia en que las armas de corto alcance también podían ser útiles.

De vez en cuando ordenaba dar media vuelta a la galera para que fueran empleadas las piezas de los costados, arrojando andanadas por babor y estribor.

La lucha, dura y tenaz, se prolongaba desde hacía más de media hora, entre abundancia de humo y estruendo, pero sin notables resultados prácticos, ya que el movimiento que los remos obligaban a dar a la nave tornaba difícil la puntería. De haber soplado viento, la cosa habría variado y en los dos veleros se habrían podido apreciar daños, ya que los turcos contaban en aquella época con magníficos artilleros que podían enfrentarse sin desventaja con los de la República de Venecia.

Ya la galera, que seguía ganando terreno, se disponía para el ataque final, cuando surgieron en el horizonte cincuenta naves de guerra dispuestas en línea y que cerraban el paso a la galeota.

– ¡Ya está en nuestro poder! –exclamó Metiub, dando orden a los artilleros de que dejaran de disparar.

Realmente la galeota no podía confiar en huir. En cuanto sus tripulantes se cercioraron de que todas aquellas galeras enarbolaban la sangrienta enseña del Gran Bajá, intentó en vano tres o cuatro bordadas, dejó de disparar, soltó los remos y arrió las velas. La bandera del bajá de Damasco fue coronada por otra blanca de rendición.

– ¿Estás satisfecha, señora? –inquirió Metiub, dirigiéndose hacia Haradja, luego de mandar a los cómitres que no dejaran a los galeotes reducir la marcha.

–Pero... no distingo al bajá.

–Se hallará enfermo.

–No obstante, está su capitán de armas, ¿no es cierto?

Él es quien dirigió los disparos.

–Manda situar los peines de arpones en los dos palos y que dispongan el juego de poleas.

Metiub la examinó fijamente.

– ¿Me has entendido? –gritó ella, con impaciencia.

– ¡Los peines de arpones para un bajá!... Piensa lo que vas a hacer, señora.

– ¡Bah! Mi tío tiene mucha influencia en Constantinopla. Además, no sabes qué pienso hacer.

Se había incorporado y desenvainó el sable, mientras sus arcabuceros, con las mechas preparadas, aguardaban sus órdenes para efectuar una descarga. En cinco minutos escasos la galera abordó a la galeota, retiró sus remos para que no se estropearan con la embestida y la engarfió con los ganchos, sin disparar un tiro.

– ¡Entregaos! –ordenó Metiub.

Un guerrero de elevada estatura, flaco, nervudo y musculoso, con una armadura, se colocó a la baranda entre los tripulantes de las dos naves.

– ¿A quién nos hemos de entregar? –inquirió.

–A la sobrina del Gran Bajá.

El damasceno se tornó lívido, más recobrándose al momento preguntó con acento firme:

– ¿Sabes a quién llevamos en la nave?

–Sí; al bajá de Damasco.

– ¿Y tenéis la audacia...? ¿Con qué derecho?

–Con el derecho del más fuerte –exclamó Haradja, acercándose hasta la baranda. –De momento, tú pasa a mi galera, Luego se verá lo que hacemos con el bajá. Y prevén a tus hombres, ya que al más mínimo intento de resistencia los pasaremos a todos a cuchillo, incluso a los galeotes. Ahora pasa a mi nave. ¡Rápido! ¡Ya empiezo a disfrutar con las delicias de la venganza...!



## ***LA FEROCIDAD DE LOS TURCOS***

El capitán de armas del Bajá de Damasco, ante aquella brutal conminación, se indignó y levantó con gesto amenazador los brazos, con la mano derecha armada de su cimitarra y empuñando en la siniestra una de aquellas largas pistolas incrustadas de nácar de que tan buen uso hacían los turcos de Asia Menor.

–No me has derrotado –replicó, colérico. –Ninguno de tus hombres ha saltado todavía a mi galeota para arriar la bandera de mi señor.

Haradja alargó el brazo e indicó las cincuenta galeras del Gran Bajá que se encontraban detenidas a menos de una milla.

–Pasa por entre esa línea si tienes valor.

–¿Y por qué razón me impedís el paso si a mi señor le esperan en Constantinopla?

–Mi tío y yo estamos enterados. ¿Te entregas?

–Ya te dije que ninguno de tus hombres ha saltado todavía a mi nave.

–¡Salta, Metiub!

El capitán de armas del castillo de Hussif juntó los pies y saltó, empuñando un sable de abordaje. El otro le cortó bravamente el paso, como buen turco del Asia Menor. De inmediato trabóse el combate, disputado y bravo.

El damasceno hubiera podido matar al atacante de un disparo, pero, leal y noblemente, tiró al suelo su arma, empuñando con la mano izquierda un sólido yatagán de una anchura de tres dedos.

Metiub, atacando con energía, tuvo que reafirmarse en la baranda, advirtiendo que tenía ante sí a un terrible enemigo.

Las dos tripulaciones permanecieron inmóviles, con los arcabuces dispuestos y las mechas humeantes, listas a disparar a la primera señal y a lanzarse una contra otra en el instante en que se les ordenara.

Haradja, con un brazo apoyado sobre una culebrina, presenciaba impasible el duelo, confiando en la habilidad y maestría de su capitán de armas.

Ambos contendientes, cubiertos de hierro y de mallas de acero de fabricación milanesa, que era la mejor y la única de que en aquel tiempo se proveían los cristianos y los infieles de Europa y África, se acometían con verdadera ferocidad, cambiando entre sí tremendos golpes que provocaban exclamaciones de admiración entre los espectadores de los dos navíos.

Sus corazas parecían que iban a deshacerse, mas no cedían. Ambos hombres, a cada terrible golpe que recibían o propinaban, lanzaban rugidos que hacían sonreír, complacida, a Haradja.

Por espacio de cuatro o cinco minutos los dos capitanes pretendieron abrir los almetes, puesto que no podían atravesar las corazas. En aquel momento el del bajá de Damasco dio un paso en falso y se desplomó de espaldas, con gran ruido de hierro, dejando caer instintivamente cimitarra y yatagán. Metiub aprovechó aquella circunstancia para colocarle el arma en el cuello.

–¿Le mato? –indagó, volviéndose hacia Haradja.

La sobrina de Alí vaciló un instante y dijo:

–No. He de hablar con el vencido.

–Incorpórate –indicó Metiub a su contrincante.

Éste se puso en pie con agilidad, cogió de nuevo su cimitarra, la partió, lanzóla al mar y contestó a la joven:

–Si fui vencido, ha sido por un accidente casual y no por el esfuerzo de mi enemigo. Ya hace tiempo que conozco la siniestra fama de que disfruta la sobrina del Gran Almirante. Pero aquí me

tienes.

Y de un salto pasó a la galera y se colocó a dos pasos de Haradja, cruzándose de brazos con desdén.

– ¿Qué deseas de mí? ¿La vida? Tómala.

–Solamente pretendo averiguar dónde se encuentra tu señor.

Y con una rápida mirada se cercioró de que los peines del tormento se hallaban fijados a los dos palos de la nave, frente por frente las aceradas púas de sus correspondientes arpones.

–Se encuentra enfermo en su camarote.

– ¿Qué le ocurre?

–Tiene malos los pies.

–Se comen demasiados pollos en Damasco... Cierto que son los mejores.

–Tú no se los has visto comer. Su enfermedad podría deberse a la mucha arena que el viento arroja sobre la ciudad y la excesiva humedad nocturna.

–No me interesa. Deseo saber otra cosa.

– Pregunta.

–Ahora a ti; luego a tu señor.

–Espero.

– ¿Hacia dónde vais?

–Nos dirigimos a Constantinopla, requeridos por una carta del sultán.

– ¿Escrita por el Visir?

–Al menos, eso creo. No siendo que se haya tramado una despreciable conjura para arruinar a mi señor. ¿No es cierto que es posible?

–Ve a preguntadlo a Constantinopla.

–Déjame ir.

–Ahora no. Acaso después, una vez que hayas hablado.

– ¿Qué deseas averiguar?

– ¿Dónde se encuentra Muley-el-Kadel, hijo del bajá, y su esposa aquella célebre capitán Tormenta?

– ¿Y me lo preguntas a mí?

–Tú eres el hombre de confianza del bajá y debes de conocer en qué lugar se encuentra ese León de Damasco, a quien busco en vano por Italia desde hace tres años. Todo lo que pude saber es que vivieron por cierto tiempo en Nápoles, donde la cristiana tiene numerosas posesiones y que han habitado en Venecia en el palacio de Loredán. Pero cuando iba a culminar mi venganza, desaparecieron. Únicamente su hijo se halla en la reina del Adriático y, para mayor exactitud, se hallaba, ya que en este momento está viajando hacia Oriente.

– ¡Lo has hecho secuestrar! –exclamó el capitán, tornándose pálido.

–No teniendo al león y la leona, rapté a su cachorro.

– ¿Cuál es su edad?

–Creo que tiene tres años.

– ¿Y qué intentas hacer con ese niño?

–Eso no es de tu incumbencia –respondió en forma brutal Haradja.

–De acuerdo; no conozco en qué lugar se encuentra el hijo de mi señor. Unido con una cristiana, dejó de relacionarse con su padre, que es en extremo buen musulmán para consentir tal matrimonio.

– ¡Bah! ¡A mí no se me engaña con semejantes palabras! Dime dónde se hallan esos malditos cristianos. Quiero averiguarlo y me enteraré, aunque para ello haya de desollarte vivo.

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

